

RESEÑA

Derek Curtis Bok. *The Politics of Happiness: What Governments can Learn from the New Research on Well-Being* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2010), 272 pp.

ROBERTO CASTELLANOS*

El progreso es una idea “ilustrada” en un doble sentido. Nació con la Ilustración y, por ese origen, postula el poder transformador de la razón y de quienes hacen uso de ella para cambiar el entorno en beneficio de los seres humanos. Esa concepción de progreso ha ido adaptándose conforme a los cambios que la humanidad va experimentando y de acuerdo con las consecuencias, muchas veces perjudiciales, que el propio progreso ha ocasionado: en el medio ambiente o en la concentración de recursos. De esa manera, la idea de progreso ha ido moldeándose al incorporar diversos malestares sociales emergentes. Sin embargo, sus supuestos originales permanecen, así como sus promesas: mayor confort, satisfacción de necesidades, riqueza.

En décadas recientes, se han destacado dos problemas sobre

el progreso y su vigencia. Primero, al progreso se le ha asociado, casi de manera unívoca, con el avance económico. La acumulación de riqueza es, en el imaginario colectivo y en los indicadores financieros, la evidencia más arquetípica de progreso, en detrimento de otros ámbitos de la vida social. Segundo, hay enorme evidencia que señala que la riqueza, por sí misma, no conduce, necesariamente, a un mayor bienestar de la población. Lustros de crecimiento económico y generación de riqueza no han hecho que las personas mejoren sus niveles de bienestar en proporciones al menos similares a las del incremento en la producción y acceso a bienes materiales.

Es en ese contexto que se inserta la idea de felicidad (o satisfacción con la vida) como elemento constitutivo e incluso como meta final del progreso. La idea

* Estudiante del doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Dirección electrónica: <rcastellanos@comunidad.unam.mx>

favorece la importancia de otros ámbitos en el desarrollo humano, además del económico, y plantea una visión más comprehensiva de las personas y su bienestar. El libro de Derek Bok aborda precisamente esa discusión, al sintetizar, ordenar y analizar qué dice la investigación científica, desde diferentes perspectivas disciplinarias, y en diversos periodos, sobre la felicidad y los aspectos que influyen en ella: desde el ingreso económico y la desigualdad, hasta el matrimonio y la familia; la salud, la educación o la calidad del gobierno y sus instituciones. Más que ser sólo una recapitulación de hallazgos, el libro discute la evidencia empírica que existe en torno a varias preguntas absolutamente relevantes para nuestro contexto: ¿Qué puede aprender el gobierno de la investigación sobre felicidad y bienestar? ¿Debe ser la felicidad el objetivo primario de la acción gubernamental? ¿Cómo medir la felicidad de las personas para incorporarla de forma viable en la toma de decisiones gubernamentales? ¿Cómo deben resolver estas interrogantes los gobiernos democráticos?

El autor ofrece respuestas a estas interrogantes y plantea debates necesarios sobre la utilidad

de la investigación en la política pública en torno a la felicidad desde una posición que no es, afortunadamente, apologética de dicho tema como nuevo derrotero y objetivo final de la labor de gobierno. Ante las interrogantes sobre la felicidad, su uso y las decisiones de gobierno, Bok considera, modestamente, que en el futuro cercano, ni la política económica ni el comportamiento de productores y consumidores cambiarán. Lo que la investigación sobre felicidad y bienestar puede hacer por el momento es ampliar el margen de escepticismo entre los encargados de las políticas públicas respecto de la prioridad del crecimiento económico y motivar la idea de que las políticas de desarrollo deben atender otros asuntos también importantes para el bienestar de los individuos.

Frente a estas perspectivas reservadas para el futuro inmediato, no es menor que el principal logro de la investigación sobre felicidad y bienestar de las personas, afirma Bok, sea haber logrado diseñar formas e instrumentos para captar, medir y monitorear en el tiempo, y entre grupos, la felicidad de las personas; conocer y comprender qué tanto placer o dolor les generan las actividades ordina-

rias que realizan y las condiciones en las que viven. Los investigadores en estos temas han alcanzado conclusiones que pueden ser de utilidad para los encargados del diseño de la política pública, para decidir qué leyes y programas pueden ampliar el bienestar y felicidad de la población. Así, la investigación sobre felicidad ha destacado la necesidad de programas que, sin eliminar la importancia de otros más tradicionales, buscan reorientar el foco de atención de la política pública. Algunos de estos programas están relacionados con el fortalecimiento de los lazos familiares y sociales; la promoción de formas activas de ocio; el amortiguamiento del impacto del desempleo; el acceso universal a la salud y a un retiro más seguro; el mejoramiento de los servicios de cuidado infantil y la educación preescolar; la atención efectiva de las enfermedades mentales, los trastornos del sueño y los dolores crónicos, entre otros.

En muchos sentidos, como bien lo sugiere Bok, el logro y

atractivo de la investigación sobre felicidad, los factores con los que está asociada y su aporte a la interrogante sobre qué es el progreso, radica en la evidencia empírica que ha introducido ante los debates filosóficos que se remontan a Jeremy Bentham, o incluso hasta los clásicos griegos, y que han sido retomados en tiempos más recientes por John Rawls o Amartya Sen. Con esa evidencia, la investigación sobre felicidad ha contribuido a esclarecer muchos de esos debates filosóficos que son, al mismo tiempo, añejos y actuales, es decir, clásicos.

Al ofrecer nuevas perspectivas acerca del papel de los gobiernos ante la felicidad y al buscar ampliar la comprensión en lo tocante a lo que aumenta o disminuye el bienestar de las personas, la investigación sobre la felicidad, de la que forma parte el texto de Bok, ha logrado renovar la discusión de la idea de progreso. Y al hacerlo ha contribuido a ampliar la conciencia de que, más allá de la búsqueda de la riqueza material, es posible otra forma de progreso.